

### Capítulo XXXVIII.

La tea de la discordia.

Caonabo no había podido presentarse á Guacanajari.

Las heridas que había recibido en el combate le habían obligado á aceptar los cuidados de Anacoana, pero necesitaba comunicar al rey de los reyes la resolución que había tomado, y envió á Manicate y á Boechio con algunos más á darle cuenta de lo que había sucedido y de sus inquebrantables propósitos.

—Venid, venid,—dijo Guacanajari guiando á todos al templo y haciendo que le siguieran cuantos indios hallaba al paso.

El mismo, mientras todos le observaban con asombro, encendió la hoguera de alóe para rendir tributo al Tzimes.

Los butios le rodeaban.

En su rostro se veía retratado el duelo que existía en su corazón.

Todos se posternaron ante el altar.

—Sacerdotes, guerreros, vasallos míos,—exclamó Guacanajari,—os he llamado para escuchar vuestros consejos. Ya lo sabéis: la sangre ha regado los campos de vuestra hermosa patria.

Un día llegó un extranjero á mis dominios.

Era el enviado del cielo.

Nos colmó de presentes, nos ofreció defendernos de nuestros enemigos, y como tenía en su poder el rayo y el trueno, aceptamos alborozados su protección.

Yo juré al jefe de aquellos hombres proteger á sus guerreros como á mis propios hijos.

Ellos elevaron en la orilla del mar una fortaleza para vivir independientes, y ofrecieron á su vez respetarnos y amarnos.

Han faltado á su palabra.

Sé que han invadido temerariamente los dominios de Caonabo, que han profanado nuestra hospitalidad derramando la sangre de nuestros hermanos, ultrajando á nuestras mujeres, pagándonos con la más negra ingratitud.

Justificó á Caonabo.

La ira que ha sentido en su pecho, la indignación que ha agitado su brazo, son justas.

El, con otros caciques, ha luchado brazo á brazo y cuerpo á cuerpo con los extranjeros, y los ha exterminado.



Sus despojos yacen sobre las llanuras de Maguana. Hé aquí mi triste situación.

Yo he jurado proteger á los extranjeros: Caonabo ha jurado exterminarlos.

Sacerdotes, guerreros, vasallos míos, disipad mis dudas, aconsejadme qué debo hacer; decidme si ha de salir de mis labios el grito de guerra para luchar con Caonabo, que me obligó á faltar á mi palabra, ó para ponerme á su lado y destruir á los extranjeros que han faltado á la suya.

Los butios callaron, inclinando la cabeza sobre el pecho.

Los guerreros dirigieron una mirada terrible á Guacanajari.

Y sin embargo, después de algunos minutos de solemne silencio:

—La voz del Tzimes,—exclamó Guacanajari,—me manda blandir la espada de la justicia; pero no para destruir al extranjero, sino para protegerle, porque mi corazón le ofreció una hospitalidad desinteresada.

Los que sintáis la sed de venganza en vuestras entrañas, volad al lado de Caonabo, uníos á Manicate y á Boechio; pero tendreis que luchar conmigo y con los míos.

Los que acateis la voz del Tzimes, los que aún tengáis amor en vuestro pecho para vuestro infortunado rey, colocaos á mi lado, aprestaos al combate, porque, no hay duda, Caonabo y los suyos vendrán á destruir la fortaleza de los extranjeros, á disparar

sus envenenadas flechas á su corazón, y nosotros necesitamos estar allí para defenderlos.

Triste necesidad me impone el deber.

¡Ah! días terribles nos aguardan: luchar hermanos contra hermanos; la paz ha huido de Haití y la discordia ha ocupado su trono.

¡Que Vagoniana se apiade de aquellos que defiendan la justa causa!

Manicate, Boechio y los que habían ido formando el séquito, volaron á comunicar á Caonabo las palabras que habían oído pronunciar á Guacanajari.

Este, en tanto, convocó á sus vasallos, y unos y otros se aprestaron á la pelea.

En vano las mujeres caían de rodillas á los pies del monarca pidiéndole que apaciguase su ira y no empeñase una lucha fratricida.

Era tarde ya.

El butio encargado de proclamar la guerra recorrió las aldeas y los campos, ostentando en su diestra el ramo de ébano.

—Hijos de Haití,—exclamaba,—la hora del combate ha llegado, el Tzimes lo ha revelado así.

Blandid la afilada flecha; salen de sus palacios las sombras de los reyes y se preparan al combate.

Vuestro rey Guacanajari ha empeñado su palabra y necesita sostenerla con vuestro apoyo.

El nuevo sol debe veros reunidos en las llanuras de Marien para defender con vuestros pechos las fortalezas de los extranjeros.



Caonabo no tardó en conocer la resolución de Guacanajari.

Sus heridas se abrieron de nuevo; pero, no obstante, resuelto á luchar, no sólo ya con los extranjeros, sino con el mismo Guacanajari, llamó á sus capitanes, les dió sus órdenes, y aquel mismo día, cuando la noche empezaba á tender su sombra y la luna reflejaba sus plateados rayos sobre las verdes copas de los frondosos árboles, al frente de millares de indios corria, ahogando el dolor de su herida, hácia la fortaleza de la Navidad.

Los guerreros de Guacanajari esperaban la luz del nuevo día para aprestarse á obedecer á su rey.

Todo estaba en silencio.

Era una noche hermosa.

Arana, el capitán de los pocos españoles que habían quedado en la fortaleza, estaba impaciente.

Ni Gutierrez ni Escobedo habían vuelto.

¿Habían perecido?

Si era cierto, ¿qué suerte le estaba reservada?

Delante de la fortaleza, en tanto que sus compañeros, recostados sobre la arena, dormían ó elevaban al cielo sus miradas bañándolas en la luz de la argentada luna, él, angustiado, pensando con pena en su querida patria, en los afectos que en ella había dejado, sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y para calmar aquella agitación cogió la mandolina y desahogó su pena cantando sentidas trovas de amor.

Las huestes de Caonabo llegaron cautelosamente.

Al oír la voz del español, que la brisa llevaba á sus oídos, se detuvieron.

El gavilán, próximo á caer sobre la débil tórtola, seguro de su presa, se detenía á recrearse en su triunfo escuchando aquel canto que era el canto del cisne.

La música cesó, y Arana, vencido por el sueño, se refugió en la fortaleza con sus camaradas.

Caonabo dió sus órdenes.

Trepando por las rocas pusieron maderas resinosas al pié de la fortaleza y la prendieron fuego.

Las huestes de Caonabo rodeaban aquel espacio, que no tardó en ser una hoguera espantosa.

Arana y los suyos despertaron despavoridos.

Vistiéndose sus armas con rapidez bajaron á través de las llamas á la llanura y se vieron rodeados de multitud de indios dispuestos al combate.

Algunas nubes habían oscurecido el cielo.

Pero la hoguera derramaba un resplandor siniestro sobre el campo de batalla.

Arana y los suyos hacían desesperados esfuerzos para vencer á aquellas hordas, pero no podían ménos de fijar sus espantados ojos en la fortaleza, que las llamas devoraban con insaciable voracidad.

Los guerreros de Guacanajari vieron desde lejos la hoguera.

El humo oscurecía los primeros albores de la mañana.

Guacanajari tenía la muerte en el corazón.

Al volver á su morada había buscado la imagen y no la había encontrado.



Toda la noche la pasó en el insomnio, sin saber qué medidas tomar para recuperar su precioso tesoro.

Al saber que Caonabo y sus guerreros habian llegado, no dudando que algun emisario habia sido el raptor de la imágen, ardiendo en ira se puso al frente de sus soldados y corrió con ellos al lugar del combate.

La sangre se heló en sus venas.

Las llamas habian consumido la fortaleza, y habian comunicado su fuego al bosque vecino.

Las lombardas que vomitaban el rayo y el trueno se habian derretido.

Guacanajari no vió más que un monton de cenizas y un monton de cadáveres.

Todos los extranjeros habian sucumbido.

Guacanajari se puso en frente de Caonabo y luchó contra él.

Sus guerreros pelearon con los guerreros del cacique del Cibao.

Las flechas silbaban en el aire, y entretanto los bosques, formando una sola é incommensurable hoguera, aumentaban el horror del combate.

Guacanajari lanzó una flecha al corazon de Caonabo.

El, que siempre habia colocado la flecha en donde habia fijado su mirada, vió caer á los piés de Caonabo y embotarse en la arena la que lanzó á su pecho.

Caonabo, más afortunado, dirigió un dardo al corazon de Guacanajari, y el pobre rey cayó en medio de sus vasallos.

En aquel momento cesó la lucha.

Los butios le recogieron para llevarle á su morada.

Los guerreros se arrodillaron llenando el aire de lamentaciones.

Caonabo, horrorizado de su obra, corrió con los suyos á ocultarse en las profundidades de las cavernas.

Guacanajari fué trasladado á su palacio de Marien. Todo quedó en silencio.

Los hombres y las mujeres se ocultaron en sus cabañas.

El fuego continuaba consumiendo los árboles.

Una espesa nube de humo llenaba los horizontes de la isla.

La consternacion se apoderó de todos.

A lo lejos se descubrian multitud de grandes embarcaciones.

Eran los hijos del cielo que volvian á castigar á los miserables que habian faltado á su palabra.

La desolacion y el espanto reinaban en Haiti.